



EL BARCO
DE VAPOR

El pez payaso

Alan Durant



sm



El pez payaso

Alan Durant

Traducción de
Darío Zárate Figueroa



Durant, Alan

El pez payaso / Alan Durant ; traducción de Darío Zárate Figueroa. - México : SM, 2020

Edición digital - El Barco de Vapor Roja

ISBN : 978-607-24-3953-5

1. Padres e hijos - Novela inglesa. 2. Luto - Literatura infantil.

Dewey 823 D8718

*A mi papá,
Christopher Durant (1929-2016),
siempre y para siempre, con amor*

*Extrañas a tu papá, ¿no, Tiburoncín?
Gill, en *Buscando a Nemo**

—¿QUÉ SE SIENTE SER UN PEZ, PAPA?

Eso era algo que había querido preguntarle desde hacía tiempo y, ya que por una vez papá estaba quieto y el acuario en silencio, parecía un buen momento.

Papá levantó la mirada sobresaltado y nadó hacia mí. Su boca se abría y se cerraba, como si considerara con detenimiento la pregunta.

—Es húmedo —respondió al fin.

—Pero ¿es... divertido? ¿Eres feliz?

—¿Divertido? ¿Feliz? Bueno, es mejor que separar basura ajena, supongo —antes de convertirse en pez, papá había trabajado en el centro de reciclaje—. Es una vida muy ajetreada.

—¿Ah, sí? ¿Qué haces todo el día?

Dio una especie de aleteo, como si fuera la versión de un pez que encoge los hombros.

—Nadar por el tanque, perseguir a los peces damisela, comer, hacer burbujas, descansar en mi anémona, nadar por el tanque...

—Eso ya lo dijiste.

Papá apretó la boca.

—¿Ya? Mi memoria no es tan buena como antes.

—Eso es porque eres un pez, papá —sonreí—. Debe ser genial vivir aquí en el acuario, con todos esos otros peces increíbles. Todas las mañanas puedes despertar y observar a las rayas.

Las rayas siempre fueron nuestras favoritas. Aleteaban hasta la superficie, levantaban su extraña cabeza plana, como rogando por una caricia, y luego se daban la vuelta. Algunas se sentían ásperas; otras, resbalosas. En el lomo tenían unos bultos por los que podías pasar los dedos mientras nadaban, como si tocaras un instrumento musical.

—¡Ay, las rayas! —dijo papá con desdén—. Son unas presumidas. No pierdas tu tiempo con ellas.

—Pero ¡papá! —exclamé, asombrado—. Siempre te encantaron las rayas. “Rayitos de sol”, las llamabas. Les hablabas, ¿recuerdas? Decías que podían entender cada palabra.

—Sí, bueno... En ese entonces no era un pez. Ahora tengo un punto de vista distinto, ¿cierto? Y te diré algo más: las rayas son los peces más tontos de todo el océano. Los otros peces siempre se burlan de ellas. Deberías escuchar los chistes que hacen.

—¿En serio? ¿Como cuál?

Papá se quedó pensando un momento.

—¿Cómo se llama una raya inteligente?

—No sé —respondí—. ¿Cómo se llama una raya inteligente?

—Platija.

Hice una mueca.

—No entiendo.

—No existen las rayas inteligentes, ¿verdad? Así que, si es inteligente, debe ser una platija, otra especie de pez plano. ¿Ves?

—Ah —dije y fruncí el ceño—. No es muy gracioso.

Papá se meneó, irritado.

—Necesitas ser un pez para apreciar el chiste. Los peces tenemos un sentido del humor muy particular.

—Sí, ya lo veo.

Papá nadó hacia el frente del tanque, lanzando rápidas miradas a ambos lados, como si comprobara que estuviéramos solos, y luego me hizo señas con las aletas para que me acercara.

—No tendrás por casualidad una hamburguesa, ¿verdad?
—susurró.

Negó con la cabeza.

Suspiró.

—Tal vez para la próxima —dijo y bostezó—. Como sea, mira, voy a descansar en mi anémona. Es hermoso ahí dentro, ¿sabes? ¡Hermoso! Es como hundirte en la alfombra más mullida que puedas imaginar. Alguna vez deberías intentarlo.

Se fue nadando, se dio la vuelta y nadó de regreso.

—Pensándolo bien —añadió con un serio tono paterno—, sus tentáculos son ponzoñosos, así que mejor aléjate. Un mue... —vaciló—. Un pez en la familia es suficiente.

● 1

TODO EMPEZÓ ASÍ:

Una mañana papá estaba desayunando y mamá preparaba el té. Yo ya me había ido a la escuela. Papá siempre bromeaba y hacía tonterías: era una de las cosas que amaba de él. A veces volvía loca a mamá; quizá por eso fue que, al principio, no prestó atención a que tomara aire a bocanadas.

Papá acababa de dar una mordida a su pan tostado — cuidadosamente untado de una fina capa de mantequilla y una masa de mermelada de fresa: su “brebaje” favorito, como él lo llamaba— cuando comenzó a toser y luego a respirar con dificultad. Mamá creyó que era sólo... bueno, papá con su conducta habitual. Sin embargo, enseguida él cayó de cara sobre la mesa de la cocina y mamá supo que algo andaba muy mal. Llamó a una ambulancia, aunque, para cuando ésta llegó, papá ya estaba inmóvil por completo, sin pulso ni respiración. Los paramédicos intentaron reanimarlo, pero no pudieron hacer nada. Papá había sufrido un infarto masivo.

Estaba muerto... o eso parecía.

Yo no podía asimilar lo ocurrido. No parecía real. Esa mañana, cuando salí a la escuela, papá había estado en casa, bromeando como de costumbre, haciendo caras chistosas y voces tontas, ansioso por pasar un día allí. Más

tarde, cuando volví, estaba muerto. ¿Qué sentido tenía aquello?

No podía llorar. No podía sentir nada. Todo era demasiado extraño: la cara pálida de mamá y sus sollozos; el paso constante de gente por la casa, haciéndome preguntas: “¿Te sientes bien?”, “¿Quieres hablar con alguien?”. Pues claro que sí: quería hablar con papá. Deseaba que entrara por la puerta del frente, riendo por la broma que nos había jugado a todos. Quería que me guiñara el ojo como siempre y dijera: “Te engañé, Dak”.

Pensé que tal vez el funeral cambiaría las cosas, pero no fue así. Sólo hizo que todo me pareciera aún más irreal. En el crematorio, un sacerdote que yo nunca había visto dijo unas palabras: “Robert tenía un gran sentido del humor. Todos los que lo conocieron lo extrañarán mucho”. Por un momento no entendí de quién hablaba. Nadie llamaba “Robert” a papá. A veces era Bob, otras Bobby, pero nunca Robert. Todo estaba mal.

Cuando el ataúd comenzó a descender, sonó el coro del *Aleluya*, que papá había cantado montones de veces, aunque siempre con una voz ridícula de cantante de ópera, en broma. Nunca en serio, como ahora.

Después, la gente me estrechó la mano y me habló de lo trágico que era todo, lo mucho que lo lamentaban, lo valiente que era yo. Seguía sin sentir nada. Era como si hubiera una barrera de cristal entre lo que ocurría y yo. Esta barrera sólo se apartó una vez: cuando levanté la mirada y vi con claridad un humo gris que brotaba de las chimeneas del crematorio. Sentí un dolor agudo y repentino, como si mi corazón se encogiera, y de prisa bajé la mirada de nuevo.

Esa noche fui a la habitación de mamá y papá, y encontré una de sus sudaderas favoritas —la gris como nube de lluvia, con una cara sonriente amarilla— en su cómoda. Me la llevé a la cama, inhalando el familiar aroma de papá, abrazándola como una frazada para tratar de invocarlo, con

la esperanza insensata de que eso lo hiciera volver a la vida, como en esas películas de ciencia ficción donde logran clonar a alguien con sólo una muestra de su ADN.

Sin embargo, papá no iba a volver, ¿o sí? No iba a entrar a mi cuarto para despeinarme o decir un chiste ni darme un beso de buenas noches. “Nunca volveré a ver su cara ni a escuchar su voz”, pensé. Apreté la sudadera contra mis ojos húmedos.

Papá se había ido. Para siempre.

Al día siguiente, cuando desperté, supe que tenía que salir de la casa. Llevaba mucho tiempo encerrado. Estaba cansado de los visitantes, cuya presencia sólo hacía la ausencia de papá más insoportable. Ni siquiera eran de la familia. Ni mamá ni papá tenían hermanos, y yo tampoco. Nuestra única pariente era la mamá de mamá, mi abuela, que vivía al otro lado del mundo. Las visitas eran amigos de la familia o vecinos, como la señora Baxter, de calle arriba, que ahora estaba con mamá.

La señora Baxter no me caía bien; no quería verla ahí, haciéndose cargo de todo como si estuviera en su casa. Yo sólo quería a papá. ¿Acaso nadie podía entender eso? Sólo quería a papá: mi gracioso, loco, adorable y maravilloso papá.

Ni siquiera quería hablar con mis amigos. Tenía dos mejores amigos en la escuela: Ruby y Tom. Acostumbrábamos juntarnos los fines de semana: íbamos a la casa de alguno de nosotros o a la playa o al centro comercial. Me caían muy bien, pero después de lo que le pasó a papá no podía hablarles. No quería verlos. Estaba seguro de que me harían preguntas y sentirían lástima por mí como todos los demás. No podía soportar esa idea.

Intentaron llamarme y escribirme; querían venir a verme, decían, pero yo no los dejaba. Mi cabeza estaba demasiado ocupada para dejar entrar a otras personas, incluso a mis amigos; en especial a mis amigos. Así que los evité e ignoré sus esfuerzos por contactarme y consolarme.

Ruby me visitó un día y no le abrí la puerta. Fingí que no había nadie en casa. Me sentí mal por hacerlo; sin embargo, no podía encararla. No en ese momento.

Aquella mañana, después del funeral, me escapé al acuario. Estaba cerca, junto a la playa, y la brisa me hacía bien. Elegí el acuario porque había sido el lugar favorito de papá, y a mí también me encantaba. Íbamos tan seguido que papá había comprado un boleto familiar de temporada. Ahora podía ir siempre que quisiera.

Papá y Stephan, el dueño del acuario, se conocían desde hacía siglos: habían ido a la misma secundaria. Siempre platicaban sobre los viejos tiempos: los amigos que habían compartido y las cosas que habían hecho. Eso cuando no hablaban de peces. A los dos les encantaban los peces. Papá solía decir que eran “ictiófilos”. Bueno, en realidad decía que eran “*hic*-tíofilos”. Lo pronunciaba como si tuviera hipo. Yo siempre sonreía, pero Stephan no. Él tenía párpados caídos y una cara flácida y bigotuda que le daban un aspecto miserable.

“Alégrate, Stephan, tal vez nunca suceda”, solía decir papá.

“Ya sucedió, Bob”, era la lúgubre respuesta de Stephan.

—Dak, no esperaba verte —me dijo Stephan con sorpresa mientras yo abría las puertas de vidrio y entraba al acuario—. ¿Cómo estás?

—Bien —murmuré.

Me sentía incómodo a la luz del vestíbulo. Deseaba el turbio anonimato de la sala principal del acuario.

Stephan se pasó los dedos sobre el fino bigote gris arenoso que le colgaba a ambos lados de la boca como las barbas de un pez.

—No puedo superarlo: lo de tu papá. Es terrible. ¡Terrible!

Asentí. Stephan me caía muy bien, pero en realidad no quería hablar. No sabía qué decir, así que me aparté arrastrando los pies.

Me encantaban todos los peces del acuario. Cada uno de ellos tenía algo fascinante —nombre, color, características, movimiento, hábitos—, aunque ahora estaba demasiado ocupado con mis pensamientos como para prestarles mucha atención. Vagué por su mundo, absorto en el mío. Ahí me sentía más cerca de papá que en casa o en el funeral. Casi podía verlo, asomado a algún tanque, lleno de emoción, llamándome para que fuera junto a él: “Ven a ver esto, Dak. Te hará sonreír”.

Juntos mirábamos las anguilas jardineras que se asomaban entre la arena como delgados periscopios de plata, estirándose, doblándose, meciéndose, apenas visibles un momento y extrañamente altas el siguiente. O el pez linterna con su ojo blanco fluorescente que titilaba en la oscuridad. O el pez ballesta Picasso o el pez cara de zorro o el rayado pez león, con sus púas exóticas y letales. Si el espíritu de papá se hallaba en algún lugar, yo estaba seguro de que no sería en el cementerio, sino ahí, en el acuario, entre los peces que amaba.

Mientras pasaba por la sección Arrecife de Coral, flotaban ante mí imágenes de papá, como burbujas salidas de la boca de un pez. Estaba en todas partes... Sin embargo, se había ido. Para siempre.

Esta revelación fue como un golpe en el estómago. De pronto me sentí mareado, debilitado por el duelo, y me desplomé en una silla, cerrando los ojos y respirando en inhalaciones largas y lentas, a la espera de que mi corazón se calmara, que el dolor se desvaneciera...

—¿Dak? ¡Dak!

La voz sonaba urgida, impaciente. Abrí los ojos con lentitud: creí que aquella voz se detendría, pero no fue así.

—¡Dak! —me llamó de nuevo, más fuerte. Parecía provenir del tanque ubicado junto a mí.

Al voltear, vi unos pececitos morados con azul, con colas de color ámbar, y peces verdes que se lanzaban entre racimos de coral pardo rojizo.

Eché un vistazo a las etiquetas en la base del tanque:

POMACENTRUS MELANOCHIR, PEZ DAMISELA DE ALETA AZUL
CHROMIS CAERULEA, CHROMIS AZUL

Stephan siempre ponía primero el nombre en latín del pez. “Suena más digno”, me explicó la vez que le pregunté por qué lo hacía. También había una anémona, un erizo de mar y otro pez. Examiné con atención la tarjeta y la fotografía:

AMPHIPRION PERCULA, PEZ PAYASO

Cuando levanté la mirada, el pez se me acercó a través del agua: era rojo naranja, con anchas franjas blancas.

—Dak —dijo, sacudiendo el delgado rostro como si estuviera un poco molesto.

Por un momento, estuvimos cara a cara.

Quedé boquiabierto.

—Háblame —exigió el pez—. Di algo, lo que sea, mientras no cites a Shakespeare. Ni el pronóstico del tiempo. Puedo vivir sin éstos.

Abrí la boca aún más. Por un instante, lo único que pude hacer fue mascullar: “Aaah”, como cuando el médico me examina la garganta.

Por fin logré decir con voz temblorosa:

—¿Papá? —y después—: Papá, ¿eres tú?

El pez payaso se movió hacia un lado y luego hacia el otro.

—Claro que soy yo —respondió entre risas—. ¿Quién creíste que era? ¿Un pez?

● 2

ASÍ PASÓ: así descubrí que mi papá no había muerto, sino que se había convertido en un pez payaso en el acuario. Era increíble, asombroso, extraordinario, ¡maravilloso! ¡Mi papá estaba vivo y me hablaba! Quería decir muchas cosas, pero estaba mudo. Me quedé ahí parado, sonriendo. Papá quería saber en qué pez se había convertido.

—¡Una perca no! ¡Dime que no soy una perca! Ni una anguila. Lo que sea menos eso —dijo, estremeciéndose histriónicamente.

Negué con la cabeza:

—No eres ninguno de éstos: eres un pez payaso.

Papá sacudió la cabeza y rio, lanzando un chorro de burbujas en el agua.

—¡Un pez payaso! —exclamó—. ¡Un pez payaso! Persiguió a un chromis que iba pasando y luego zigzagueó de regreso al frente del tanque.

—¿Qué haces, papá? —pregunté.

—Oh, ya sabes, sólo me divierto un poco. Estoy payaseando —sacudió sus pequeñas aletas y giró los ojitos negros mientras hacía una mueca ridícula.

—Estás loco, papá —dije riendo; sentí que mi corazón volvía a la vida—. Sabía que no estabas muerto de verdad, lo sabía.

El pez payaso se contoneó en el agua:

—¿Muerto yo? Para nada, amigo. Estoy vivito y coleando, claro que sí. Mejor dicho, vivito y aleteando.

Lo miré fijamente. Aún no podía asimilarlo.

—Pero ¿cómo pasó? ¿Cómo te convertiste en pez?

Papá meneó las aletas como si se encogiera de hombros.

—Ni idea, hijo. Estaba desayunando en la cocina y, de repente, estaba aquí. Como por arte de magia.

Asentí. Era magia, ¿o no? Mi papá no estaba muerto. ¡Se había convertido en un pez vivo y parlante! Y ahí estaba yo, hablando con él.

—Un pez payaso —dijo papá, con una especie de sonrisa en su pequeña boca—, como Nemo. Recuerdo que vi esa película contigo cuando eras muy pequeño. Era tu favorita: *Buscando a Nemo*. La veías una y otra vez... Creo que te sabías toda la película de memoria.

—Así es —reí.

—Pero no te gustaba el rape —continuó papá—. Te parecía raro.

El rape siempre me hacía temblar. Me alegraba que no hubiera ninguno en el acuario.

—Tampoco te gustaba esa parte al principio, cuando la barracuda...

—A nadie le gusta esa parte, papá —lo interrumpí—. La parte que más me gusta es cuando Nemo y su papá se reúnen. Como nosotros.

Papá meneó la cola e hizo una mueca.

—El papá de Nemo no se parece en nada a mí. Yo nunca perdí a mi hijo —dijo de mal humor—. Y él no reconocería un buen chiste aunque lo tuviera en la cara —me miró con sus ojos oscuros y el ceño fruncido—. “Es una anémona anónima” —lo remedó—. Hasta una raya podría contar un chiste mejor —y se alejó nadando.

Esperé un momento, deseoso de que volviera, pero al parecer había tenido suficiente por el momento. No me sentí mal. No iría a ninguna parte, ¿verdad? Seguiría ahí cuando yo volviera. Ahora ésa era su casa y yo podría visitarlo cuando quisiera.